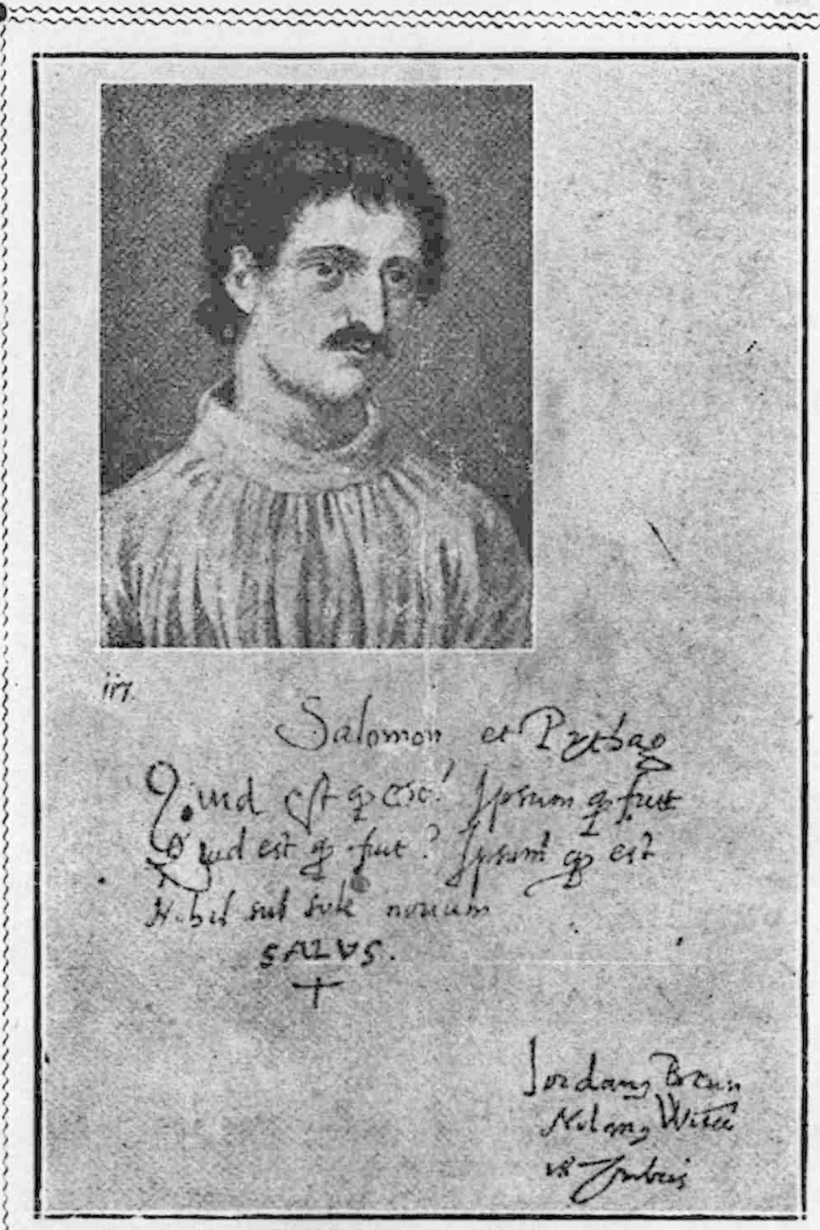
Vía Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

FEBRERO
1920
Año I. — Núm. 5



GIORDANO BRUNO

1600 - 17 de Febrero - 1920

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I. | Buenos Aires, Febrero de 1920 | Núm. 5

LA HORA SE ACERCA

Todo está en revuelta, todo tambalea, todo se conmueve.

La hora de la decisión se acerca. La liquidación de la sociedad capitalista está próxima. El desaliento entre las filas burguesas cunde. Los trabajadores danzan su última danza macabra.

Emma Goldmann entra triunfante en Rusia; Enrique Malatesta es acogido por el pueblo italiano con un clamoroso "¡¡hurra!!" a la revolución, y José Chueco cae en la histórica Zaragoza envuelto en el trapo rojo de la resurrección humana.

La hora se acerca.

—

Los revolucionarios, cual aeronautas de la muerte, siguen fríos y pausadamente su propaganda sin mirar los peligros que corren; siguen inflexibles aportando su obra a la gran obra colectiva de la emancipación social.

Los gobiernos echando a un lado su máscara de hipocresía se declaran abiertamente en favor de los capitalistas y ponen todas sus fuerzas a disposición de los reyes del oro. La actitud de estos últimos es asaz violenta, siniestra y sibilina. Esa actitud hará apurar el trance final.

El "lock out" es una amenaza de hambre, y el hambre envuelve el problema de la rebeldía. El "lock -out" es un delito y al delincuente es menester arrancarle el poder para reducirlo a la impotencia.

La hora se acerca.

—

El productor, dueño de sus destinos, sabrá organizarse para la producción sin tener necesidad de incómodos intermediarios.

El poder político reducido a una simple administración de sociedad colectiva será un mandato "ad honorem" y espontáneo.

El parasitismo desaparecerá de la tierra y con él la explotación y la crueldad.

La hora se acerca.

—

No habrá niños con frío y con hambre. No habrá niños pobres, sin juguetes, sin abecedarios y sin deliciosos sueños.
Los niños sonreirán su propia inocencia ante las sonrisas de las madres buenas que cuidarán de su débil ser.
Los niños serán la esperanza de un fututro grande porque habrán arrancado de su alma el odio milenario y la maldad ponzoñosa.

La hora se acerca.

Y las hembras, las hembras sahumantes, sonreirán a los ojos azules de la rebosante juventud, sonreirán magnánimas, ofrendando su vigorosa pelvis al amor profundo y al amplexo fecundante.
No serán prostitutas, porque su cuerpo no puede venderse, su cuerpo sólo se ofrece al éxtasis y al espasmo para la libre expansión del placer y para la propia conservación de la especie.
La hora se acerca.

Que nadie retroceda un paso. Que nadie prolongue la agonía de la sociedad que muere. Que el ansia domine: El desenlace se espera hora por hora, minuto por minuto.
La angustia nos invade. La espera es penosa. No importa... Quedemos firmes sobre el torrontero sin que la tempestad nos conmueva, y sin que la vista del abismo nos acobarde.
La hora se acerca, hermanos...

Muy ciego ha de ser el que no vea la transformación social que se acerca. Los trabajadores van adquiriendo en todas partes la conciencia de su personalidad y su derecho, y aspiran con vehemencia a constituir la sociedad sobre nuevas bases. — Francisco Pi y Margall.

DEL MOMENTO

"Un respetable magistrado portugués, el dignísimo juez del primer distrito de Lisboa, señor Costa Ventura, ha sentido en el sitial del Juzgado un noble impulso de misericordia, no incompatible con la justicia.

Apareció ante él una muchacha de diez y seis años, obrera de una fábrica, Matilde del Socoro, acusada de haber herido, por efecto de la embriaguez, levemente a una mujer.

—Señor, estaba borracha — dijo la muchacha, — y no supe lo que hice.

—¡Oh! ¿Y no se avergüenza de confesarlo? — exclamó el juez. — No vuelva a hacerlo.

—Necesito a veces engañar a dos enemigos — dijo la acusada.

—¿Dos enemigos? ¿Quiénes son esos enemigos?

—"A fame unas veces... a tristeza otras.

... ...

(De "El Diario Español", del 12 de Enero.)

¡El hambre unas veces, la tristeza otras!... ¿Habéis leído bien? ¡Se embriagaba para engañar el hambre y vencer a la tristeza!... ¡Pobre niña!... ¡A los dieciseis años, a esa edad feliz de los placeres juveniles, verse ya acosado por el hambre, presa de la tristeza!... ¡Cuán amarga debe ser su existencia!... Por que esa respuesta terrible y profunda demuestra que la infeliz, a pesar de su joven edad, ha apurado ya el cáliz de la amargura que le ofreció la sociedad al nacer. ¡Ah! ¡cuántas veces te habrá maldecido, sociedad infame!

¡Pobre niña!... ¡dieciseis años... y carne de fábrica!... Allí, en aquella pestilente sala, envenenando su sangre el malsano olor que despide la grasa, hiriendo sus oídos el estrépito de las máquinas, entregada a un trabajo que enerva prematuramente su débil cuerpo de jovencita, se le habrán secado las gratas ilusiones, desvanecido los dulces sueños de la infancia y ennegrecido el alma ante la triste realidad de expoliada proletaria...

¡Pobre niña!... Al ver a otros de tu edad rebosando felicidad y alegría, vistiendo caprichosos trajes que hacen resaltar su gracia y hermosura, aduladas y galanteadas por una pléyade de pretendientes, ¡cómo rugirá tu pecho, flor marchita apenas libre del capullo; cuál no será tu odio hacia ese mundo que alberga la injusticia y do se producen tan mostruosas iniquidades!...

¡Pobre niña!... La sociedad te ha condenado injustamente a sufrir una vida sin goce y llena de penalidades, legándote el hambre para aumentar tus sufrimientos... ¡Tienes derecho a odiarla!

El Maximalismo y los Artistas

Si es verdad que una obra de arte sea la expresión de las aspiraciones y de los sentimientos del artista, y lleve, al propio tiempo, el sello de la época y de las circunstancias en que fué concebida, de modo que es fácil determinar su fecha, sería muy interesante estudiar la influencia que las condiciones sociales del período actual ejercen sobre los artistas.

Las diversas fases económicas que se han sucedido desde hace tres siglos han desviado insensiblemente la producción de su fin normal, es decir, la apropiación de los recursos naturales para las necesidades de todos, y le han dado por objetivo el enriquecimiento de algunos privilegiados. La producción artística no ha escapado a este estado de cosas, cuyos funestos resultados son demasiado evidentes: la necesidad de trabajar aprisa imposiblitando que el trabajo llegue a la perfección, y las leyes de la competencia forzando al hombre a multiplicarse, a no ser sino una bestia de carga, que la fatiga pronto desgasta.

Estudiante hay, por ejemplo, que no tiene otra pasión que el arte, al cual consagra su vida, soñando crear obras maestras, y no obstante vése obligado, para poder comer su pedazo de pan, a concluir rápida y febrilmente y vender un trabajo apenas esbozado, Galatea de sus sueños dorados. A no ser que se estreche el vientre para poder mirar cara a cara a la miseria, veráse obligado a comenzar de nuevo este trabajo una vez, dos veces, hasta que su alma se endurezca poco a poco, y que, a fuerza de servir a Plutus, acabe por amar este oficio de chalán cínico, tipo desgraciadamente muy a la moda en nuestra moderna sociedad.

El artista de nuestros días debe ser el complaciente de los ricos o limitarse a trabajar groseramente. No hay otro remedio para él. Las antiguas fiestas y diversiones públicas donde todos los talentos hallaban el modo de ejercitarse, se han ido para no volver más. No le queda al artista otro recurso que inclinarse ante el dios metal y adorarle: amasar, ahorrar, especular, atesorar, hasta jugar, es necesario para poder construir a nuestros hijos una habi-

tación confortable, sobre la ruina de las esperanzas y la vida de nuestros cohermanos.

Despreciar el trabajo útil y productivo que nos dió el pan, borrar si es posible toda huella de nuestras ocupaciones anteriores, subir hasta el último peldaño de la escala, rechazando al vecino para crearnos una posición independiente, vivir de los ingresos que nos suministrará el trabajo de otros, he aquí nuestro ideal de hoy; puesto que si encontramos reprensible que los hambrientos no puedan justificar profesión alguna, en los grandes sucede todo lo contrario: cuando menos trabajan, más consideraciones gozan. ¡He aquí las costumbres que nos gobiernan!

Es difícil darse cuenta de las diferencias notables que ejercen nuevas condiciones de existencia en el desenvolvimiento de la humanidad. No obstante, sabemos que no hay efecto sin causa; y si vemos que el artista raramente logra el noble fin que se había propuesto, si no produce ya las grandes obras que de él se esperaba, si el cálculo, el comercio, el hábito de apreciar sus trabajos por el precio que por ellos recibe han encogido su espíritu, cortado sus alas, ¿nó es a las modificaciones profundas que han sufrido las relaciones de los hombres entre sí, no es a la sociedad toda entera a la que hay que culpar?

Pero nosotros creemos y quisiéramos intentar probar que la era de la igualdad marcará el advenimiento de una renovación moral y artística.

Se nos objeta, es cierto, que el comunismo no podrá dar impulso al trabajo si no ejerce una presión contra los perezosos.

Es necesario confesar que el trabajo se nos enseña muy a menudo bajo una forma tan repulsiva y tan desesperadamente monótona, que, en efecto, es imposible representarse hombres y mujeres que a él se entreguen voluntariamente, sin el terrible estimulante del hambre o del miedo.

Uno de los axiomas más en boga actualmente es el siguiente: "El que no quiere trabajar, tampoco debe comer." Nada más natural al primer golpe de vista; sólo que, es necesario no olvidar que la palabra "organización del trabajo" no se interpreta actualmente por la **apropiación de los productos del trabajo para el bienestar común,** sino por **beneficio que sólo el capitalista puede embolsar.**

Y a la pregunta: "¿Qué haremos de los holgazanes?" nos-

otros responderemos que, en efecto, los perezosos pululan entre nosotros en los dos extremos de la escala social, y que, en los dos casos, es forzosa la holgazanería. El pobre sin trabajo no tiene el permiso de trabajar; el rico, que vive de lo superfluo arrancado a los trabajadores por generaciones de sus antepasados, o que lo debe a la fuerza ciega del monopolio, o a una suerte cualquiera, el rico nada tiene que hacer.

¿Pero sería perjudicial a la causa de todos, que, según una nueva organización social, cada miembro de la comunidad no trabajara sino dos horas al día (1), dedicando el resto de su tiempo al estudio, al placer, a los goces intelectuales? Entonces, sin duda, las aptitudes naturales del hombre, los recursos de imaginación y las facultades inventivas, podrían manifestarse totalmente; entonces, acaso, se ejercitaría en desarrollar simultáneamente su ser físico y su ser moral, en convertirse en artista, extender cada día más lejos su ideal.

Hasta podría, mientras se produciría esta evolución, asistir sin temor a la desaparición momentánea de las preocupaciones artísticas, del mismo modo que en el otoño contemplamos impasibles la caída de las hojas, seguros como estamos de volverlas a ver en la próxima primavera con el sol y las flores.

La forma que el maximalismo da a nuestras aspiraciones no será en todas partes la misma, pero el principio no podrá variar. En el curso de la presente evolución económica, estamos ya en el alba de esta nueva época. Los sucesos que se preparan proyectan ya su luz hacia adelante. Todos los gobiernos vénse obligados a elaborar una legislación más o menos socialista. El espectro del comunismo acompaña ya a los acaparadores. Bajo el nombre de bibliotecas populares, de museos de arte y de historia, ábrense de par en par ante el público las puertas de los palacios nacionales, y con la creación de escuelas superiores accesibles a todos, se reconocen implícitamente los derechos de cada individuo a su parte de vida intelectual.

En rigor de lógica, no podemos detenernos aquí. El hombre no vive solamente de pan, es verdad; pero este pan es necesario

---

(1) Las estadísticas han demostrado que este tiempo bastaría de sobras para hacer todo el trabajo útil a condición de que todo el mundo tomara parte en él.

que lo tenga. Para hacer fuego es necesario combustible; sin vapor o sin electricidad, ninguna máquina podrá funcionar. La prosperidad, la fuerza de un Estado reposa sobre la prosperidad, la fuerza, la felicidad de cada individuo. Los medios de producción industrial y agrícola son el bien común de todos; es necesario también que esta producción pertenezca a todos. Cuando esta ley de justicia sea una realidad, no habrá distinción de clases, el trabajo útil no será despreciado, el trabajo fatigoso no aplastará ya a una sola categoría de seres humanos, cada uno prestará su concurso voluntario, y todo servicio rendido a la causa pública por un gasto cerebral o un gasto muscular no será apreciado en dinero, su perfección será su única recompensa, puesto que la avaricia habrá desaparecido de este mundo desde el momento que los verdaderos bienes de la vida podrán adquirirse sin dinero.

¡Qué bello monumento social se elevará entonces sobre estas sólidas bases, cuando el sentido artístico, el amor a lo bello, el espíritu de invención, el florecimiento de todas nuestras facultades — emancipadas para siempre de los tormentos que ocasiona ganarse el pan diario, del trabajo forzoso y de los males de toda especie que son inseparables de nuestra actual existencia — se desarrollen libremente, ennobleciendo la vida de los seres, unidos por la solidaridad!...

La ncesidad y el hábito del trabajo útil dará nacimiento al gusto de las formas más simples, y por esto mismo, las más bellas y las más perfectas. Se reservarán para los monumentos públicos y conmemorativos todos los recursos y ornamentos del grandioso arte resucitado y revivificado. Todas las artes se reunirán para celebrar, en nuevas y poderosas obras, la felicidad de la humanidad emancipada para siempre.

Walter Crané.

Prefiero los peligros de la libertad a la quietud de la servidumbre. — Tácito.

El arresto de Giordano Bruno

Hace trescientos veinte años que Giordano Bruno fué quemado vivo en holocausto de la Santa Madre Iglesia Romana, madre espiritual del mundo occidental; empero aún subsiste la hoguera bajo formas diversas. Se castiga igualmente por substentar ideas, se mata también, se persigue al que escribe en forma heterodoxa.

En Norte América, el dogma capitalista ha llegado a no admitir a los representantes socialistas en su parlamento (¡ojalá fueran tan brutos en todas partes, para enseñar a los socialistas de la inutilidad de su táctica) con el pretexto de ser enemigos de sus instituciones. La verdad es una, es la de los poderosos que dominan el mundo metalizado. Salud, democracia; el rey del oro te excomulga también, aunque nunca has servido para nada, tu Dios ha sido la farsa.

Aquí se tiene encarcelado a las personas sin causa justificada, y se mata impunemente a todo ser viviente que ose protestar del estado actual de cosas. El nacionalismo es el dogma actual; los que protestan son extranjeros, y los nacidos son desnaturalizados y bastardos. Los que mueren desafiadores, son bandoleros, foragidos y desalmados. La única verdad es la de las ligas patrióticas y las de defensa nacional.

La historia sólo sirve para uso de los imbéciles. Los hombres prácticos manejan las ametralladoras y los máusers y no son obreros: son rufianes, patotas patrioteras, corredores de bolsas, usureros, terratenientes, rentistas y demás chupópteros de la riqueza pública que, ligados entre sí, se han constituído en dueños y señores del mundo.

Dejemos el presente, recordemos a Giordano Bruno y contemplemos su verdad revelada: La tierra gira alrededor del sol. 'La Verdad es fuego que alumbra y arde'', y nuestra verdad arde hoy y alumbrará mañana, ¿qué importa el dolor de la lucha? El dolor es la brasa que sostiene la Verdad, la brasa que será llama de Luz, en un día sombrío, en cuya bruma se gestará la Aurora.

S. L.

ESCENAS EN UN ACTO

Personajes: GIORDANO BRUNO, LIDIA, INQUISIDOR, DOS ESPIAS, DOS AMIGOS DE BRUNO, UN DELATOR y UN PREGONERO, ESBIRROS y GENTE DEL PUEBLO.

(La acción en Venecia, en una pequeña plaza al aparecer el día. Epoca 1592)

ESCENA PRIMERA

MARINO y LIDIA

(*Saliendo de la góndola que los ha traído*)

MARINO. — Ven, Lidia. Mientras Venecia duerme, elevaremos un himno al amor que consuela y exalta... ¿Estás contenta?... ¿Nada te dice el corazón en la emocionante espera de nuestra feliz

unión? ¡Aún nos falta otro mes!... después... la eternidad del amor!

LIDIA. — ¿Cómo entiendes el amor?

MARINO. — Lo entiendo como puede entenderlo toda criatura humana. Vivir en una paz suave, perderme en la inmensidad, y desvanecerme en tus brazos; así es el amor que mi mente imagina y que en mi corazón palpita... ¿Y tú? Tú sigues otros sueños, lo sé... Espero que desaparecerán de tu mente apenas nos hemos jurado ser el uno y el otro una misma alma en la vida y en la muerte; entonces nos perderemos en la inmensidad de un mundo de placeres deliciosos.

LIDIA. — También tu sueñas... No nos comprendemos, querido amigo... A menudo, ¿recuerdas? te he hablado de mi padre, ferviente apóstol del bien y del progreso, cultor de estudios filosóficos y poéticos, propagandista de un ideal de paz y de amor... ¡Yo soy su hija!... ¿Entiendes? La iglesia romana en materia de fe no admite libertad de pensamiento porque aquel que piensa abate en su conciencia ídolos falsos y mentirosos. La iglesia romana se asemeja a una loba...

(*Se asoma un espía con antifaz*)

MARINO. — ¡Oh, no me hables de la iglesia!

LIDIA. — ¿Y tú qué sabes?

MARINO. — Cálmate: Alguien podría oirnos. ¿Ignorás quizás que la iglesia romana ha distribuído sus espías en todas partes? ¿Ignoras que aquí en Venecia no se está seguro de nadie, y que la madre y el hijo no tienen piedad alguna entre sí para traicionarse recíprocamente y traicionar a los demás?

LIDIA (*suspirando*). — ¡Madre mía!... ¿Debería olvidarme de tí para ser de distinto modo de lo que soy?... Recuerdo en vez tu suplicio, tus últimas palabras...

MARINO. — ¡Tú sufres Lidia!

LIDIA. — Mi madre, Marino, denunciada por un espía de la Santa Inquisición porque no quiso acceder a sus infames apetitos, fué encerrada en un horrible calabozo, y...

MARINO (*palideciendo*). — ¡Oh... calla!...

LIDIA. — ¿Por qué palideces cada vez que te repito esta dolorosa historia?... Tienes razón, Marino. Tú vienes aquí para distraerte, y yo, impertinente, te molesto con mis tristes cuentos. Pero escucha: Yo no puedo renegar de mis ideales. Ideales de paz y de justicia por el cual mis padres han muerto combatiendo. Si tu fuerza no es suficiente para seguirme, háblame con toda sinceridad, revélame todo lo que sientes...

MARINO. — Lidia. Tú no me amas.

LIDIA. — Te amo previo una condición indispensable.

MARINO. — Habla.

LIDIA. — ¿Crees en las leyes de la iglesia romana, que tiene

por único fin el de ahogar en el espasmo de la muerte a los amigos del bien y del progreso?

MARINO. — No creo.

LIDIA. — ¿Tienes fe en un porvenir próximo en que el pueblo derribará el peso de la servidumbre, la inicua preponderancia de los poderosos, el dominio infame de la inquisición?

MARINO. — Tengo fe.

LIDIA (*abrazándole*). — Ahora soy tuya, toda... toda tuya... ¿Creías que sólo sabía hablarte de luchas y de venganzas? Te engañaste, Marino. Aquí adentro (*el corazón*) hay algo también que palpita... Yo te amo... He vivido siempre en el dolor y nunca he podido amar...

(*Se asoma el mismo espía*)

MARINO. — Mi amor calmará tus penas, te dará un poco de alegría y de paz...

LIDIA. — Y si me amas, ¿por qué no apresuras el amplexo, la unión?...

MARINO (*mira sospechoso a su alrededor*). — Me ha parecido oir un ruido... Alguien llega... Huye Lidia...

LIDIA. — No temo la ira de los hombres.

MARINO. — Hélos aquí... Pronto, Lidia... ponte en salvo. (*Yendo hacia el escollo*). Olá gondolero, gondolero... (*Se cubre con el antifaz*).

ESCENA SEGUNDA

INQUISIDOR, UN DELATOR, DOS ESPIAS *disfrazados*, MARINO y LIDIA

DELATOR. — Estos son dos grandes enemigos de la Santa Iglesia Romana. Los denuncio ante vos, Monseñor, para que sean severamente castigados.

MARINO (*desenvainando la espada*). — ¡Calla, bandido!

(*Los espías corren en defensa del delator. Entre ellos y Marino se empeña la lucha*).

LIDIA (*al inquisidor*). — Estas son vuestras intrigas. ¡Monseñor!

INQUISIDOR. — Silencio, sacrílega. Dime más bien quién eres.

LIDIA. — Lidia es mi nombre... ¿Y el vuestro?... ¡Oh! Es verdad, vosotros no teneis nombre... Pero no os temo.

INQUISIDOR. — Soldados. Dejad a ese miserable y apoderaos de Lidia.

MARINO (*en defensa de Lidia*). — ¡Alto ahí! Que ninguno de vosotros ose tocarla. (*A Lidia*). Ponte en salvo, te alcanzaré luego. (*Lidia se lanza hacia la góndola y desaparece fulmínea*). ¡Salud, amor mío!

LIDIA (*desde lejos*). — ¡Salud, alma grande!

(*Mientras que Marino sigue luchando con los espías, se le cae el antifaz*).

LOS ESPIAS. — ¡Marino!

INQUISIDOR (*con ironía*). — ¡Marino! Eres demasiado inocente para creer que puedas engañarnos. Una mujer es capaz de comprarte... ¿Por qué bajas la frente? ¿Tienes vergüenza? ¿Has olvidado tus deberes? (*Se oyen voces lejanas*). *¿Qué sucede?* (*Mira por la parte del mar*). ¡Ah, comprendo! Giordano Bruno viene hacia esta plaza, aclamado por voces infernales...

UN ESPIA. — Parece un mago... Dice que la tierra gira alrededor del sol... ¡Qué tonto debe ser el hombre ese!...

INQUISIDOR. — Nunca pronuncies blasfemias...

UN ESPIA. — Monseñor, no he hecho nada más que repetir lo que todo el mundo dice.

INQUISIDOR. — Es una heregía... ¿No ves que el sol nace en un punto de nuestro horizonte y se pone en el otro, y que la tierra es firme bajo tus pies?

OTRO ESPIA. — Junto al hereje Bruno está el filósofo Tomás Campanella...

INQUISIDOR. — Campanella... Galileo... Bruno... Tres infames que apestan el mundo con sus doctrinas subversivas... Hoy llega tu turno Bruno. Mañana llegará el vuestro también... Atención soldados... Hoy es día de júbilo para la Santa Madre Iglesia. (*Los dos espías se alejan*).

ESCENA TERCERA

INQUISIDOR y MARINO

INQUISIDOR (*a Marino que ha quedado aparte*). — ¿Qué tienes que estás tan triste? Tienes razón... Lidia, apesar de sus extravagancias, siempre es una flor primaveral que todos desearan poseer aunque su perfume pudiera ser mortífero... Lidia... delicia...

MARINO (*acercándose*). — Calla para tu bien, vil sacerdote...

INQUISIDOR. — Detén tus ímpetus. Reflexiona el daño que puedo hacerte con revelar a Lidia la delación de tu padre...

MARINO. — ¡Ah, nunca!

INQUISIDOR. — También puedo perderte denunciándote al Tribunal de la Santa Inquisición... El infierno te tragaría... Marino: Lidia es un demonio que te arrastrará al abismo...

MARINO. — Yo amo a Lidia.

INQUISIDOR. — ¿No sabes que ella es contraria a nuestra Santa Madre Iglesia?

MARINO. — Lo que sé es que vosotros sois unos infames traficantes... (*Se arroja sobre el Inqunsidor*).

INQUISIDOR. — ¡Socorro... Socorro... Soldados!

MARINO (*arrojándolo al suelo*). — Estoy cansado de vosotros... cobardes. Recordad, Monseñor, que desde hoy oculto mi rostro sólo por vos. Ahora id a llamar vuestros sabuesos. Aquí los espero.

INQUISIDOR (*retirándose, para sí*). — ¡Maldición sobre tí, traidor!... (*Marino queda en una esquina de la plaza*).

ESCENA CUARTA

BRUNO, DOS AMIGOS, LIDIA, GENTES DEL PUEBLO UN PREGONERO y DOS ESPIAS

BRUNO (*de adentro*). — No me olvideis, hermanos. Arrojad en los corazones de los discípulos el amor que palpita en los vuestros... La verdad es fuego y ella debe alumbrar y arder... Salud Galileo, salud Campanella... (*entra en escena*).

TODOS. — ¡Viva Giordano Bruno!

BRUNO. — Hoy es mi onomástico, y los más benignos recuerdos se agolpan a mi mente... La imagen de mi madre adoptiva se me aparece cual debil flor del gran árbol del universo.

AMIGO I. — ¿En qué lugar vivistes, maestro, desde que nos separamos?

BRUNO. — Soy ciudadano dal mundo, hijo del padre Sol y de la madre Tierra.

UN PREGONERO. — Esta noche se representará el «Candelabro» del filósofo nolano, Giordano Bruno. (*Sale*).

BRUNO. — Sobre los libres altares de la filosofía busqué mi felicidad, Un fluído de amor despierta infinidad de rosas al dulce sol de la vida. ¡Oh, si yo pudiera deciros todo cuanto pienso. Si yo pudiera demostraros todo el error en que ha incurrido la humanidad a través de los siglos... si yo pudiera haceros vivir una vida real!... Mas no. Cuando mis ideas serán comprendidas vosotros no existiréis... (*Recordando*). ¿Y Lidia, la dulce y espiritual criatura, hija del dolor y de la libertad? Llamad a Lidia. Que yo la vea... a la hija del martirio. (*Lidia llega*). Acércate, Lidia... No olvidé el martirio de tu padre.

LIDIA (*acercándose*). — ¡Y de mi madre!

BRUNO. — ¿Qué dices? ¿También tu madre fué víctima de la Inquisición?

LIDIA. — Acusada falsamente por un esbirro; fué arrojada a la cárcel y condenada...

BRUNO. — Enjuga tus lágrimas. Olvida los sufrimientos... Fueron almas entragadas al amor y a la libertad... (*a todos*) Ni la voluntad de esbirros ni la de frailes podrán detener el progreso humano.

TODOS. — ¡Viva Giordano Bruno!

BRUNO. — Dejad mi nombre. Trabajad para la gloria sin reino y no ambicioneis reinos sin gloria. (*Salen todos. Lidia queda*).

ESCENA QUINTA

MARINO (*se acerca a Lidia*). — ¡Lidia!

LIDIA (*sorprendida*). — ¿Dónde estabas?

MARINO. — Entre la multitud...

LIDIA. — ¿Has oído?
MARINO. — Sí. Parece que sobre sus labios la miel libara sus palabras.
LIDIA. — Y sobre su corazón el amor acarició su supremo sacrificio... Sigamos al Maestro, Marino. (*Por salir*).
MARINO. — Sí... pero antes debo hablarte.
LIDIA. — Habla.
MARINO. — Escúchame: ¿Si tú amaras a un hombre bueno y digno de piedad, porque pertenece a una familia indigna y vituperable, ¿lo amarías aún?
LIDIA. — Sí, lo amaría siempre con toda el alma.
MARINO. — Lidia. El esbirro que denunció a tu madre ante el Tribunal de la Santa Inquisición...
LIDIA. — ¿Y bien?
MARINO (*cayendo a los pies de Lidia*). — ¡Fué mi padre!
LIDIA. — ¡Ah... tu padre?!
MARINO. — ¡Mi padre!... Olvídame, Lidia. Olvídame... Yo soy indigno de tí...
LIDIA. — ¿Olvidarte? No... Nunca...
MARINO (*transición*). — Cumplamos, Lidia, nuestro último deber. Después... separémonos para siempre. Salvemos a Giordano Bruno. Corre a su lado. Yo quedaré aquí. (*Lidia sale*).

ESCENA SEXTA

MARINO, INQUISIDOR, DOS ESPIAS

MARINO. — ...Perdonad Monseñor si os he ofendido... Ahora que la razón ha entrado en mi mente, os pido perdón.
INQUISIDOR. — ¿Dónde está Bruno?
MARINO. — Por allá...
INQUISIDOR. — ¿Y Lidia?
MARINO. — Junto a Bruno.
INQUISIDOR. — Vete con ellos y descubre sus planes. (*Marino sale. A los espías*). Vigilad a Bruno, a Lidia, y a Marino. Hoy mismo es menester que Bruno sea capturado y que Lidia tenga conocimiento de la delación del padre de Marino... La Iglesia Romana sabrá pagar vuestros servicios. (*Inquisidor sale, ocultándose los espías en un rincón de la plaza*).

ESCENA SÉPTIMA

BRUNO, LIDIA, MARINO, ESBIRROS y GENTES del PUEBLO

BRUNO. — ¡Es ya tarde? ¿Veis aquellos hombres que llevan antifaz? Ellos están aquí para prenderme.
MARINO (*a Bruno*). — Yo os defenderé...
LIDIA (*gritando*). — Ayudadnos todos a salvar a Giordano Bruno de las garras de los esbirros de la inquisición.
(*A una señal de los dos espías aparecen esbirros disfrazados y rodean a Bruno*).

MARINO (*se adelanta y desenvaina la espada*). — ¡En guardia Miserables!

(*Cuatro esbirros rodean a Marino y lo desarman*).

ESPIA I. — ¿Vos sois Giordano Bruno?

BRUNO. — Yo no niego jamás mi nombre.

ESPIA II. — Dadnos vuestras armas.

BRUNO (*saca un cuchillo*). — He aquí mi talismán. «Lo lego a la juventud como símbolo de valor y grandeza». (*Lo arroja lejos. Lidia corre y lo recoge*).

BRUNO (*a los espías*). — Ahora vamos. Recordaos todos que los romanos verán mi cuerpo arder en las llamas, porque los frailes aprenderán como la verdad y la justicia saben gritarse por un hombre libre.

(*El pueblo consigue libertar a Marino*)

LIDIA. — La infame obra se ha cumplido.

MARINO. — Lidia, has olvidado lo que mi padre...

LIDIA. Todo he olvidado (*dándole el cuchillo de Bruno*). Recibe como prenda de amor el talismán de Bruno. (*con energía*) «Quien posee el cuchillo de Bruno se abre paso en el mundo».

Andrés De Rienzi.

(Traducción de Santiago Locascio).

— FIN —

PERIODISMO

"**Claridad**". Revista Socialista, número 1.
Buenos Aires.

Desde hace unos meses los socialistas buscan abrirse cancha entre el pueblo con manifestaciones maximalistas, después de haber echado lodo a los verdaderos amigos de la Revolución.

Hoy se presentan con una revista netamente revolucionaria y con firmas más o menos cotizables.

Entendemos que no seremos sólo nosotros los que haremos la revolución. Todos los elementos contribuirán a ella; pero no podemos dejar de hacer resaltar la falsa apostura de estos señores, que después de calumniar, infamar y vituperar a los revolucionarios, se presentan haciendo alarde de un revolucionarismo maquiavélico y loyolesco.

No. No los creemos, ni los creeremos nunca.

S. L.

Por el derecho a la Vida

"Por el sólo hecho de haber nacido, se tiene derecho a ser feliz."

Hora de inquietudes, de intranquilidad y de desvelos, es ésta que vivimos. El problema social que convulsiona en sus cimientos mismos a la sociedad contemporánea, ha llevado la exacerbación a los espíritus a tal punto, que se hace difícil su solución a la manera como lo desearían los llamados cultores de la "legalidad" y del "orden".

Por todas partes y por todos los ámbitos resuena con bélicas sonoridades el eco del descontento proletario, contra un sistema de vida azás arbitrario e injusto, que impone a unos sacrificios cruentos y de cuyos beneficios gozan otros sin ningún trabajo, sin el menor esfuerzo.

Es así que se han enfrentado burgueses y trabajadores, enarbolando cada cual su pendón de guerra. Por un lado los hartos, los satisfechos; por el otro los hambrientos, los desheredados, los que no supieron conquistarse un lugar en el banquete de la vida. De aquella parte, los perpetuadores de un estado social de explotación, de infamia y de crimen; y de aquí, los que van a transformar ese estado de iniquidad e injusticia, en otro estado de armonías, de bondades y bellezas.

He aquí suscintamente, los términos en que está planteado el conflicto social. No entran en él términos medios. Es lucha a muerte, sin piedad y sin cuartel. Los hechos así lo demuestran, en lo que coresponde a las represalias burguesas, al terror blanco, puesto en práctica con crueldad horrorosa por todos los gobiernos del mundo. Ultimo y supremo recurso a que se aferran los que se sienten cómodos en sus situaciones de parásitos, que las defienden en las formas que dejamos dicho, no logrando sino hacer más hondo el abismo en que fatalmente han de precipitarse.

Es que el anhelo de las multitudes, concretado en ese apotegma terminante y subversivo: el que quiera comer que trabaje,ha minado profundamente los sillares básicos de la sociedad capita-

lista. Y el conflicto que hasta un poco antes de la guerra estuvo circunscrito a los trabajadores industriales, ha rebalsado hasta los campos, que era el baluarte de la burguesía, en razón de la quietud y mansedumbre que caracterizaba a los campesinos. Pero hoy ya no es así... Las campiñas se agitan violentamente al soplo de los vientos de rebelión.

Aquí en la Argentina el fenómeno es nuevo, puede decirse. No obstante, el vigor y denuedo de la lucha, es toda una promesa, de rotundas y terminantes victorias.

Y no podía ser de otro modo. El campesino de **nuestros** campos es el sér más explotado, más oprimido. Su labor es de la más ruda que pueda darse; sujeto a la brutalidad de patrones o capataces brutales, cuando trabaja, y castigado y perseguido por los comisarios viejos y jueces de paz bárbaros, que son el brazo ejecutor, elementos incondicionales de terratenientes y caudillos, que aplican **por que sí** multas y palizas.

Yo, cruzando las extensas regiones agrícolas del país, he tenido oportunidad de presenciar hechos inauditos con los trabajadores, hechos que quedan en la mayor impunidad, porque nadie atiende en sus quejas a la **chusma** desheredada.

De ahí que cuando se leen en estos días la profusión de noticias en extremo alarmantes, sobre las depredaciones realizadas en los trigales por los braceros en huelga, comentamos: nunca, nunca las depredaciones de los huelguistas serán tales, que igualen a las cometidas con ellos por latifundistas, jueces y policías.

Todas estas cosas han ido acumulando el odio que explosiona hoy en sabotages y huelgas, más o menos violentas en las zonas agrícolas de la república. No es la obra, como se pretende de "agitadores profesionales." Es la obra de crueldad, de infamias y de injusticias, realizada por los mismos que hoy lamentan los **excesos** de los obreros.

Por lo demás, nada piden que no sea lógico. ¿Qué exigen? Como mejoras inmediatas, quieren que se les trate como hombres, mejor comida, menos horas de trabajo y unos cuantos centavos más de salario. ¿Y qué representan esas mejoras, ínfimas, insignificantes, al lado de los beneficios fabulosos que se apropian los dueños de la tierra, comerciantes y cerealistas?

Nada, absolutamente nada. Y hay que tener presente, el trabajo brutal que es la recolección de la cosecha. Hemos visto tra-

bajar a esos hombres; tomaban la horquilla cuando aún era visible el lucero de la mañana y dejarla en plena obscuridad de la noche. En medio de un sol que calcinaba, beber el agua salobre y pútrida de los charcos; comer una comida que ni para cerdos. También los hemos visto caer como fulminados de encima de las parvas muertos, por efectos de la fatiga, asfixiados por ese polvillo denso y quemante que colabora muy eficazmente còn los rayos solares, a minar los organismos, y dormir tirados sobre los duros terrones. ¡Es un trabajo de galeotes! ¡Es un trabajo que muy bien pudiera servir de castigo, para usarlo con los **señores** que hoy insultan a los trabajadores del campo, porque exigen humanidad y respeto!

Empero, nada puede detener ya la liberación iniciada por los campesinos, que al igual que el trabajador de las ciudades, ha iniciado la marcha hacia la libertad; hacia la meta soñada por todos los grandes rebeldes que fueron en el mundo.

El mundo burgués muere, porque así lo quieren todos los oprimidos. Y porque hay voluntad, hay inteligencia y hay nervios y hay ideales, para suplantar lo que los trabajadores van ha destruir.

H. Rosales.

Tercera Alcaidía, Cuadro 3. — Enero 14 de 1920.

¡Qué de crímenes, de guerras, de asesinatos, de miserias y de horrores no hubiese ahòrrado al género humano el que, arrancando las estacas o llenando la zanja, hubiese gritado a sus semejantes: ¡Guardáos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos pertenecen a todos y que la tierra no es de nadie! — J. J. Rousseau.

La propiedad de la Tierra

I

La propiedad individualista ha sido impuesta en todas las edades y en todos los países.

He ahí el porqué la cuestión social ha sido la cuestión de siempre.

En todo tiempo han habido seres humanos obligados a vivir en la más espantosa miseria, en la más denigrante humillación y en el más insoportable trabajo, trabajo que es el que ha producido todas las comodidades y todo el bienestar de otros seres humanos también (en la forma por supuesto) que todo lo han dominado, todo lo han poseído y de nada han trabajado, y este modo de ser de la sociedad, es el que ha originado continuas quejas y más o menos ruidosas protestas de parte de los explotados y oprimidos contra sus explotadores y tiranos.

Las luchas políticas o religiosas, y hasta las guerras de conquista, en su forma habrán tenido un fin patriótico o religioso, pero en su fondo no han tenido más que un fin social: el mejoramiento de las condiciones económicas del hombre, o el libertarse del yugo de algún tirano.

Moisés, acaudillando a los israelitas para libertarlos del yugo de los Faraones, y aconsejándoles por **mandato de su Dios** que prendiesen las copas de oro y demás alhajas a sus opresores, puesto que ellos las habían producido, para que con el valor de estas joyas pudiesen asegurar el éxito de su empresa, llevó a cabo una revolución social.

Estos consejos de Moisés a sus vasallos, que por el sólo hecho de constar en los llamados libros sagrados debían de considerarse como dogmas entre los oprimidos de hoy, los charlatanes de las religiones se cuidan no solo de no propagarlos, sino de condenarlos por completo, condenando con ello la palabra de su mismo Dios.

La libertad de los israelitas hubiera sido una grande obra, sino hubieran llevado su mente ofuscada con las necias y perjudiciales preocupaciones de una religión. La Religión es un perjuicio donde quiera que se enseñare; porque en sí encarna el privilegio y por consiguiente la maldad.

Los israelitas al tener una religión creyeron ser un pueblo elegido por su Dios, y miraban a los demás hombres, no como a sus hermanos, sino como a seres viles y repugnantes que había que exterminar, y por ello se creyeron en derecho de apoderarse por la fuerza de la tierra de Canaan, es decir, de tierras que ellos no ha-

bían cultivado, de casas que no habían construído, de rebaños que no habían apacentado, de esclavizar a sus hombres y ser con ellos más tiranos y más criminales que lo habían sido con ellos los egipcios.

Jesucristo al venir al mundo y predicar sus doctrinas, puso de nuevo la cuestión social sobre el tapete, al predicar el amor de unos a otros como a hermanos, y al condenar las riquezas condenó los privilegios. La obra de Jesucristo fué grande, pero hubiera sido mayor, grande del todo, si hubiese planteado una nueva organización social, en la que hubiesen sido practicables sus admirables doctrinas; pero Jesucristo, en vez de una ciencia económica instituyó una filosofía moral, y ésta sirvió de base para que otras instituyesen una religión, y desde este momento ha sido imposible la realización sobre la tierra de las morales doctrinas de aquel sabio filósofo.

Dos mil años que los sectarios de las religiones cristianos están trabajando sin cesar para conseguir que los hombres se amen unos a otros como a hermanos; para ello ha habido época en que han poseído a más de la "protección celestial", todas las riquezas, todo el talento y toda la fuerza; multitud de hombres eminentes en todas épocas han trabajado con gran entusiasmo por tan laudable fin; todos de buena fe, por supuesto, pues nosotros queremos conceder que hasta las hogueras de la inquisición, destinadas a quemar hombres vivos, eran prendidas fuego a impulsos de honrados, caritativos y humanitarios sentimientos; pues bien, a pesar de tantos sacrificios, tanto trabajo, tanto dinero y tanto entusiasmo y buena fe, al cabo de dos mil años la sociedad se encuentra en las mismas o peores condiciones; el trabajador es tan escarnecido, vejado y humillado como pudiera serlo entonces y el vago tan respetado y admirado; el amor al prójimo es una mentira, y sólo reina el puro egoísmo, el vicio en toda su esplendidez.

Libre su mente de toda preocupación religiosa, política o patriótica, el pueblo de París, unido como un solo hombre en 18 de marzo de 1871, proclamó solemnemente los más sagrados derechos del sér humano sobre la tierra; no instituyó una religión ni un estado, ni una nueva legislación política, instituyó una nueva organización social que es la que ha de hacerle cumplir todos sus deberes, la que ha de hacer que pasen a la historia para vergüenza de las generaciones pasadas, todos los privilegios irritantes que hoy nos oprimen y devoran. Esta fecha es y será la más memorable en los anales de la historia del proletariado, pues es la primera etapa de la revolución moderna; es el principio del fin de la cuestión social.

II

El hombre no presenta ninguna solicitud ni ningún memorial

para venir a este mundo; cuando despierta del letargo de su niñez se encuentra en él; la naturaleza que le ha conducido le da necesidades que cubrir, al propio tiempo que lo conveniente para cubrirlas; la naturaleza, pues, le concede y le asegura el derecho a la vida, pero la sociedad se lo niega al repartir la tierra y sus productos entre un relativamente reducido número de hombres, dejando a los más en la mayor miseria.

El hombre en estado salvaje tiene asegurado su derecho a la vida; pues siendo su inteligencia superior a la de los animales, sabe buscarse los alimentos aun con más facilidad que éstos saben encontrarlos. El hombre civilizado, si es proletario, le es difícil y a veces imposible el encontrarlos, pues la riqueza está repartida y a él nada absolutamente le pertenece.

La actual organización social priva al hombre del derecho a la vida que la naturaleza le concede.

III

La propiedad individualista tiene su origen en **el derecho** de conquista; es decir, en la fuerza bruta, en el derecho del más fuerte o del más astuto sobre el más débil o más sincero.

Al descubrir Cristóbal Colón el nuevo mundo, los pueblos europeos, compuestos de gente aguerrida y **civilizada,** se cebaron con sus inocentes habitantes, y los esclavizaron y los exterminaron apoderándose de sus tierras, que a contar desde entonces pasaron a ser propiedad **sagrada, legal, de derecho** para los conquistadores que fueron la ruina y la desgracia de aquellos seres que a nadie ofendían; y los europeos después, a este conjunto de atrocidades las titulaban **glorias patrias** y se daban por satisfechos de haber llevado (desinteresadamente) la civilización al nuevo mundo.

Actualmente son muchas las naciones que quieren llevar la civilización a los países salvajes, apoderándose por supuesto, de sus tierras y esclavizando a sus naturales. Por eso, pues, no nos esforzamos en presentar ejemplos del pasado sobre el origen de la propiedad individualista, puesto que al presente los tenemos también abundantes.

IV

Pero muchos de los propietarios de hoy, defienden su derecho en que las propiedades las han adquirido a cambio del producto de su trabajo (en la sociedad actual el trabajo no produce para comprar fincas), es decir, por medio de un contrato.

¿Pero en esta sociedad hay algún contrato bien hecho?

Hoy nos regimos por la ley de la oferta y la demanda; el trabajo no se paga por su valor intrínseco, sino por la mucha o poca abundancia de él. Así es que sucede con frecuencia, que se pagan altos precios objetos de ningún valor al propio tiempo que no gana lo suficiente para un mal alimento el productor de obras de incalculable mérito.

¿No vemos diariamente a los maestros de escuela adeudárseles anualidades enteras de su reducido sueldo, al propio tiempo que cobra puntualmente una más crecida paga el verdugo por ejercer su horripilante oficio, y el empresario de obras públicas, explotador de primer orden?

V

La propiedad individual de la tierra, pues, es injusta y arbitraria; es la causa de todos los males que siente la humanidad.

Para librarla de esos males es preciso que desaparezca por completo la propiedad individualista, rueda la más principal del actual mecanismo social. Por eso la sociedad presente no es susceptible de reforma: hay que deshacer por completo este organismo para cambiarlo por otro completamente distinto, organismo que en vez de basarse en el "yo", se basa en el "nosotros", es decir, una sociedad que en vez de buscar la preponderancia o el bienestar de un solo invíduo o de una clase determinada, busque la felicidad de todo el género humano.

VI

La sociedad del porvenir no ha de ser vaciada en los mismos moldes ni construída con los mismos materiales que la presente; ha de tener por base la justicia, pero la verdadera justicia.

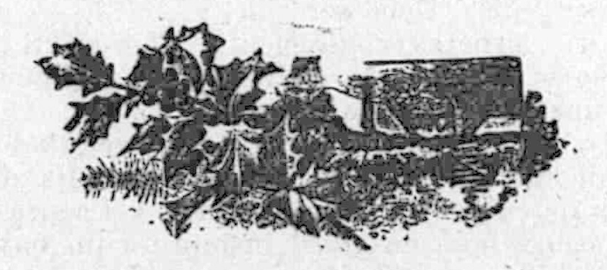
Trabajar, producir todo lo que sea útil al desarrollo de las facultades humanas, **es el deber.**

Consumir todo cuanto sea útil al desarrollo de las facultades humanas, **es el derecho.**

Una sociedad que garantice estos derechos y deberes estará en un todo conforme con los principios de la naturaleza.

Esta sociedad no puede ser otra que la basada en los humanitarios principios del **Comunismo.**

Joaquín Payá.



Este perro es mío, decían esos pobres niños; aquél es mi puesto al sol. He aquí el origen y la imagen de la usurpación de toda la tierra. — **Pascal.**

COSAS DE CARNAVAL

Para VIA LIBRE.

Cruzan las serpentinas poniendo su nota de color en el espacio. Van y vienen impulsadas por el nerviosismo de muchas manos, formando una cadena tan bella y tan débil, que la primera racha de viento puede romperla... Y es que la serpentina tiene mucho de ilusión...

Está el coso rebozante de máscaras. Es gente alegre y gente triste que quiere aturdirse cantando y riendo; la máscara que les cubre el rostro les da una libertad de anónimato. Las cosas que ayer no se atrevían a decir, las dicen hoy con sin igual descaro. Los ampara el Dios Momo, alegre fantasma de la broma y del bullicio.

Y al sonar de la frase y de la risa las máscaras pasan aireadas. Van presurosas y anhelantes. ¿Dónde van? Ni ellas mismas lo saben. Las mueve el resorte de lo fugaz. El anhelo de vivir con toda intensidad la hora carnavalesca; la hora de las pobres libertades bullangueras.

—Adiós, mascarita — grita un Pierrot encaramándose sobre la capota de un coche.

—Adiós, Pierrot... te conozco... te conozco, — contesta airosa una niña que debe de ser bella y tener veinte años... Y agitando los locos cascabeles de su traje de Locura, se aleja en su auto, riendo con risa de cristal. Desde lejos tira una serpentina azul, al pecho de Pierrot.

Pierrot ha quedado triste. En la voz de Locura ha creído adivinar toda una epopeya de amores vividos y soñados... ¿Acaso será ella? Y la incógnita se le clava en el alma. Y ansía el momento en que los coches vuelvan a encontrarse.

—¡Debe ser ella! ¡Debe ser ella!

Suenan las cornetas alegremente. El confeti, es una nube. Parece el arco iris que se ha pulverizado... Siguen rodando los coches entre una ola de cintas de color.

Vuelven a encontrarse. Un tony desconyuntado y tétrico, ha caído en medio de la gran Avenida, en parodia de muerte. Los coches se han detenido: así, pues, Pierrot y Locura se encuentran muy cerca. Locura besa en aquel instante a un payaso rubio que va junto a ella. Pierrot mira. En su cara blanca, blanca, rebrillan los fulgores de la eterna tragedia. El payaso feliz, abraza a su Locura, y, por besarla mejor le arranca el antifaz. Explendente, muéstrase a la mirada ávida de la mascarada la cara divina de..

—¡Esther!... — grita Pierrot en un ahogado grito doliente. — ¡Esther!... y echa a llorar: y llora tan tristemente, que la gente que pasa se ríe; y el payaso, ardiendo de deseo, en la fiebre de la felicidad advierte a su Locura, y, señalando a Pierrot, le dice:

—Mira, mi vida, cómo ríe aquel idiota. ¡Já, já, já!

Una hirviente montaña de trapos de colores, separa en un instante a los protagonistas de mi drama. Cuando el coso declina, las máscaras van al baile. Locura y su Pierrot, van por el ansia de bailar: Pierrot más triste que su Luna, va, por no pegarse un tiro. La sala arde. Es un infierno con luces de manicomio. Allí, los hombres más fríos y materialistas, los que se pasan la vida haciendo cálculos de tanto por ciento, se olvidan de sus libros de caja y, calculan si llegará la serpentina al palco de la Polichinela de ojos negros. Y, la dama severa que anoche cruzó con su guante el rostro de un galán impertinente, se ha olvidado de la matemática del decoro, y sobre el barandal de su palco intenta caerse a la sala abrazada a un Cocoliche. ¡Es Carnaval! Hay ebriedad en la sangre y en los nervios. Lo que hacen, lo hacen porque no saben lo que hacen. Momo, disfrazado de prestidigitador, acaba de escamotearle, en un delicioso juego de manos, un tomillo a cada máscara. La risa sigue sonando.

Pierrot llora. Una pareja gentil danza su danza llamando la atención. Es Locura y el Payaso. A cada vuelta un beso. A cada beso, una lágrima de Pierrot. A cada lágrima del Pierrot, una risa del Payaso...

Falta una escena. La final. Pierrot la siente. Es la divina sed que agobiara a los dioses: la venganza. Matar a quien le roba. El Payaso le roba su Locura. La Locura le roba el corazón. Y Pierrot mata. Suena una bala. Cae ella: sobre su traje de mil colores brillan claveles de sangre. El Payaso, más triste que Garrick levanta el cuerpo de su amada muerta... Y muchas máscaras que creen presenciar una parodia, pasean en andas al Pierrot que ríe...

La dama del palco que aun no ha logrado caerse, le dice a Cocoliche:

—¡Qué bien llora, Pierrot!...

Las serpentinas cruzan... Es Carnaval.

Isaac Morales (hijo)

Buenos Aires, enero de 1920.

Imperfecciones Sociales

El trabajo de la especie humana, en sus manifestaciones normales no tiene más objeto que crear mejores condiciones de existencia para el individuo.

En las edades primeras, las razas formaban agregados homogéneos, sus individuos desplegaban todos una actividad uniforme, cada uno satisfacía por sí solo todas sus necesidades. Pero lentamente la necesidad de precaverse contra las fieras y la de disputar el territorio a las tribus enemigas, los indujeron a coordinar sus esfuerzos colectivos, a dividirse el trabajo para hacerlo más fructífero.

La cooperación con un fin guerrero, bien pronto tuvo por corolarios la cooperación con un fin regulador o administrativo, y la cooperación con un fin industrial. Esta progresiva diferenciación de las funciones sociales no pudo realizarse sin el sacrificio correlativo de cierto número de tendencias individuales, en cierta medida. En un principio para obrar en conformidad con su estado interno, el hombre no tenía que consultar más que las circunstancias, geográficas, climatéricas, de fauna, etc., en una palabra: el ambiente físico. Todas las circunstancias de su vida le eran familiares y sabía sin dificultad observar una conducta apropiada; su adaptación al medio era suficientemente consolidada para que sus funciones se cumplieran sin tortura. Pero la heterogeneidad que se fué diseñando en el seno de la nación, le fué colocando en el caso de modificar sus exigencias orgánicas y psicológicas, en el sentido de la adaptación a lo que nosotros llamamos el medio social. No pudiendo el individuo dar satisfacción a las exigencias de sus estados internos por las vías a que por la fuerza del hábito su constitución le impelía, sus padecimientos se multiplicaron.

Simultáneamente, dos causas agravan la magnitud de esta tortura de las inclinaciones personales: la guerra, contribuyendo a la satisfacción de las necesidades de las personas por medio del despojo a viva fuerza; hizo que las emociones de placer que acompañan al desahogo de nuestras tendencias fuesen asociadas en todos los espíritus con la percepción de las manifestaciones de un estado de conciencia opuesto, en el vencido. Nació así el odio o sea el gusto de inflingir dolores. En segundo lugar, siendo casi siempre antagónicos los intereses individuales, rara vez simultáneamente los hombres experimentaban iguales estados internos; por cuya razón la simpatía no podía desarrollarse, el individuo no era capaz de gozar a la vista ni ante la idea del placer de otros

ni sufría con el sufrimiento ajeno. Más profundo era este antagonismo y más completa la falta de simpatía entre los ciudadanos de la nación vencedora y los pueblos vencidos hechos esclavos, entre los que tenían autoridad y los que estaban forzados a obedecer, entre gobernantes y gobernados; y entre ricos y pobres.

Así, pues, no sólo tuvo el individuo que violentar su naturaleza no civilizada, para responder a las exigencias de la cooperación; sino que tuvo que violentarla en mayor grado, bajo la presión de los que disponían de la fuerza y odiando unas veces y otras indiferentes al daño ajeno, no tenían escrúpulos en obligar a los demás a que trabajaran para ellos. Poco a poco el poder de los amos vuelto más inteligente, se fué posesionando de los medios de hacer una explotación más intensiva de los esclavos, y la modificación de las cualidades individuales, inherente al pasaje de la sociedad bárbara, a la sociedad del tipo industrialista, se convirtió en una monstruosa desformación a consecuencia de la esclavitud engendrada por el odio y por el egoísmo absoluto.

Así hemos llegado a nuestras grandes conquistas: las máquinas, las vías de comunicación y demás comodidades; el poder y el goce que nos proporcionan la ciencia y el arte, nuestras facultades intelectuales y nuestra aptitud estética; pero al mismo tiempo que los nuevos descubrimientos se suceden y el adelanto industrial es más admirable y las artes bellas brillan con más intensidad; el hombre sufre más que nunca y el organismo social está enfermo: hay en sus tejidos, atrofias, hipertrofias, degeneraciones e insuficiencia, hay en su conjunto exaltación industrial morbosa y en sus células, aparte de las enfermedades que podríamos llamar normales, estenuación nerviosa en sus múltiples formas, escasa salud física, desconcierto en las ideas y falta de energía moral, etc.

Hay un hondo desequilibrio en las funciones sociales; el gobierno y su burocracia extraen despiadadamente energías inmensas de los individuos, y para darles ¡que empleo! si se las invierte en instrucción pública, el progreso intelectual de las naciones sufre una calamidad; si se las invierte en hacer ricas a un grupo de personas, va a veces hasta decretar la muerte de millares de criaturas haciendo, por ejemplo, una "guerra de civilización"; pero no sigamos la enumeración de estos desequilibrios tantas veces denunciados; lo que por ahora nos interesa, es establecer que el egoísmo absoluto y el odio son su fuente. Pero si es verdad que el origen de estos desequilibrios es los malos sentimientos, pueden aquéllos persistir largo tiempo después que estos se han atenuado. Tal sucede hoy: la moralidad media de las personas comporta un sistema social infinitamente menos malo que el presente.

Si el florecimiento de ciertas pasiones ha introducido su veneno en el cuerpo social; del desarrollo ulterior de ciertos otros sentimientos le introducirá el antitóxico que ha de concluir por triunfar. En efecto, la cooperación industrial, constantemente imprime

cada vez más hondo en los individuos: 1º El sentimiento de justicia o sea el respeto a la igual libertad de todos; 2.º el sentimiento de fraternidad que surge siempre entre los individuos solidarios en los que intereses y sentimientos son armónicos. En verdad que estos frutos de la cooperación industrial están lejos de su madurez y aun parecen destinados a prosperar más; estriba la causa en la intervención del Estado. Las leyes y los gobiernos sustentando monopolios y privilegios, son el gérmen de la desmoralización y del antagonismo de unas personas con otras.

En resumen, tenemos que, la vida personal se ha desplazado de su equilibrio primitivo en virtud de dos causas, una fecunda (cooperación) y otra esterilizante (odio y egoísmo total); este desplazamiento dió margen a una organización social desastrosa.

Una sociedad perfecta, o lo que es lo mismo, tal que cada hombre reciba las consecuencias naturales de sus acciones y de su propia naturaleza; no es posible si los individuos no tienen arraigado el sentimiento de justicia. Así, pues, si la salud social implica el mejoramiento de la conducta de los individuos resulta esta consecuencia importante: todo aquello capaz de imprimir cambios de dirección a la voluntad humana, es absolutamente lo más digno de atención para nosotros.

La ciencia nos enseña a encontrar la verdadera adaptación de los medios a los fines, y como es más esencial al progreso de la especie humana, adaptar los sentimientos individuales a los fines de la conducta justa, que hallar los medios de multiplicar la rapidez de las comunicaciones o de transformar pantanos insalubles en fértiles campiñas; es claro que las leyes científicas de los movimientos de la voluntad humana, son las que razonablemente deben preocupar las inteligencias de nuestra época.

Julio Molina y Vedia.



EL AMOR LIBRE

"La mujer: es una matriz servida por órganos."
Michelet.

La vida fisiológica del sexo femenino puede considerársele bajo esta triple faz:

Período pre-genital: Infancia, Niñez.
Período genital: Pubertad, Nublidad, Edad adulta.
Período pos-genital: Vejez, Decrepitud.

Así; en la infancia como en la niñez, el sentido genésico duerme, ó se halla inactivo, esto es: sus energías generadoras propiamente dichas están latentes en este órgano, pero el desenvolvimiento de los órgenos que le sirven, se van preparando lentamente hasta llegar al máximo de poder y capacidad aseguradora del proceso generatriz del más tarde.

La naturaleza pone toda su actividad y energía en el robustecimiento de la matriz a fin de asegurar la perpetuación de la especie: esto es, su objeto.

En las demás hembras, ya sea por el género de la vida distinto, por las manifestaciones menstruales o por el psiquismo más extenso que la mujer posee, no aparece en ellas el esfuerzo de la preparación y cuidados con que la natura circunda nuestra especie, por eso les vemos menos peligradas en sus pequeñeces y partos.

La naturaleza no da saltos, ni rompe eslabones en el encadenado de sus obras, todo lo repara y lo conforma a el afianzamiento de su objeto final; de ahí que anatómica y fisiológicamente hablando, pueda un buen observador distinguir un hueso, señalar una función, o reconocer un síntoma nosológico propio de cada sexo. Así pues; la mujer se distingue del hombre en toda su individualidad, no sólo por lo menos fuerte y recio de los órganos sinó por otros nuevos y distintos, amen de las variadas y consecuentes funciones que desempeñan propias a su naturaleza cuantitativa organizada.

Así, pues, tomando por relación media el peso, extensión, volumen, altura y edad de la mujer, con sus igualdades en el hombre, nos resulta:

1º que la capacidad craneana **es menor.**
2º las circunvalaciones frontales **son menores.**
3º que la médula oblonga y el encéfalo **es mayor.**
4º los huesos de las extremidades **son menores.**
5º la capacidad pelviana es **muchísimo mayor.**
6º los músculos pelvianos, hipogástricos y popliteos **son más desarrollados.**

7° El toráx, es de **menor** capacidad y en él, afluyen las venas superficiales en dirección a las mamas, las que en el hombre se desvían.

8° Las vísceras suelen ser de testura más delicada, aunque esto, lo influye el trabajo á que el hombre está sometido más que la mujer generalmente.

De lo dicho todo nos demuestra que la naturaleza ha cuidado intensamente le seguridad de la matriz sobre todos los demás órganos. La capacidad de la pelvis (caderas) grandemente mayor que la del hombre, la elasticidad de sus ligamentos capaces de ceder hasta lo increíble sin la consiguiente relajación; la fortaleza y robustez de los músculos que le rodean, la ampliación — casi indefinida — del útero, el que en el estado normal, apenas puede caber la punta de un alfiler y cuando el parto se dilata sobre una circunferencia de más de 33 centímetros; la energía contráctil del peritonio casi tan grande como el vicep empleada en los momentos de la expulsión del feto y placenta. En fin, la médula oblonga y el encéfalo mayor, nos revela la mayor impresionabilidad de la mujer por lo que la naturaleza ha colocado sobre la médula espinal esa almohadilla reguladora de las sacudidas que pudieran ser sentidas por el cerebro, si aquél órgano no tuviera la misión de morigerar o enfrenar las grandes sacudidas unidas de la periferia. También nos expresa en su amplitud, la correlación máxima de los afectos genésicos; pues este órgano y el plexo solar, (nervios ramificados sobre el vientre) presiden y dan impulsión al fenómeno generatriz en todos los instantes de la gestación.

Por ello vemos desenvolverse en el encéfalo las neurosis femeninas con más frecuencia que en el hombre; la histeria, la clorosis, la epilepsia, etc., son acusaciones patógenas de su mayor sensibilidad e irritabilidad funcional.

Las ramificaciones arteriales y venosas sobre las glándulas mamarias dispuestas a convertir en leche sus secretos, nos revela el mismo fin que la naturaleza lleva en sus evoluciones femeninas para asegurar la vida de la especie.

La mujer, pues, está hecha para ser fecundada, gestar, parir y criar su progenie. La más alta misión de la naturaleza: **producir la vida.**

Precisamente, **la necesidad de cuidar a la infancia es la causa que diferencia con especialidad los sexos de la especie humana, comparados con los animales.**

Precisamente todo esto dicho es para el fisiólogo psicológico la revelación de todo un mundo psíquico y moral.

La naturaleza ha hecho la mujer para el hogar, para preceptuar a la familia y vivir con el hombre como madre de sus hijos, como fuerza y poder, capaz de dar mayor seguridad a la conservación de la especie.

El hombre solo, es inútil para los cuidados de sí mismo, e in-

congruente en su sentido moral para conservar su individuo sin el concurso sentimental de la mujer que le endulce la vida.

Para abreviar este artículo que sería extenso, si quisiéramos darle un cariz médico filosófico: objeto más que de un simple escrito, el de un libro, o quizá el de una biblioteca; nos valemos de tablas demostrativas que lo reduzcan a su mínima expresión. Así, pues, la **vida psíquica necesita:**

1º satisfacción de las funciones fisiológicas.
2º Placer moral del deber cumplido dentro de las obligaciones que el individuo se siente gozar.
3º Placer intelectual conforme a los alcances educativos del sujeto.

Se explica; en el hombre como en la mujer la satisfacción fisiológica genital tiene que ser concurrente de los dos sexos.

El placer moral del deber, etc., es una expresión normal de compensación fisiológica. Equilibrio del ritmo. Gozar de su obra, sentir afectos vehementes a ella y poner cuidados a su mejor progreso y perfección es unilaterarse con las ondulaciones fisiológicas de ser sensitivo: Nadie puede vivir solo sin recibir o emitir placeres morales que concuerden con sus halagos nerviosos o sea con su ritmo vibratorio, y para los que están en estado de equilibrio o normal, se traducen en afectos a los suyos. En los degenerados morales o alienados mentales, el primer síntoma de su locura es el desafecto a los suyos, traducido más tarde en repulsión y odio. Así me explico que el amor libre para algunos significa el enganche de perros y nada más... Es lógico, que siendo la simpatía o antipatía unisonidad del ritmo vibratorio de las celulas cerebrales, o discordancia de las mismas, claro que en el loco o degenerado, no se halle la unilateralidad porque en el conjunto de los sensorios no existe la uniformidad ondulatoria de los juicios, y por tanto no halle fuera de él, lo que él, no puede medir ni apreciar. Por ello y en esta gente desequilibrada, es donde se proclama la disolución de la familia y la vida de perro **libre** como prototipo naturalista.

La psiquis de la mujer es compensatriz con la del hombre.

La mujer se presta a los cuidados del hogar.

El hombre no...

La mujer siente más dulzura y está más dispuesta a suavizar asperezas que el hombre. Es más compasiva.

Tiene instintos más perspicaces.

Modela a sus hijos; esto es: hace al mundo.

Es profesora en la vida doméstica, arreglándosela con más economía en las atenciones que ésta exige.

En cambio es más débil que el hombre, de menos capacidad intelectual, pero que a esta falta, la naturaleza le ha dotado de mayor instinto de conservación.

Es menos silenciosa, porque es menos educada en la necesidad del silencio.

Actualmente con las uniones mercachifleras de nuestra sociedad, los amantes no se acercan entre sí más que por la excitación genésica o por los aparejos de negociados especulativos. Así pues, el hombre pobre se casa para tener una sirvienta a quien poder mandar. La mujer para que la mantengan. Entre los ricos, todo es negocio. Venta de carne humana al tanto por ciento: Tantos palacios, tantas estancias, tantos coches, etc., me conviene o no me conviene y... nada más, como quien compra una lechería o cosa por el estilo.

La cancordancia rítmica de las simpatías que hemos hablado, en ningún caso se necesita cuando antes que el cerebro y el corazón, está la filosofía del tripismo que lo resuelve todo. Tales son nuestros casamientos burgüeses y proletarios.

Pero ¿qué es el amor libre...? ante todo digo que yo no puedo entenderlo al sistema perro... Soy, pues, hombre y no "can", y me creo equilibrado por el momento.

Entiendo que esto lo regularizarán las sociedades futuras según el concepto moral que se haya establecido, pero que si fuera como nosotros hoy interpretamos la naturaleza, podríamos decir: que la familia humana, constituída por la familia del hogar, sería perdurable, que así como hoy se pregunta entre los ricos , p. e., qué bienes posee cada consorte, y entre los pobres si el marido es buen èsclavo que produzca buena renta o la mujer buena sirvienta que se preste a todo trabajo ordenado por su compañero, mañana se preguntará: ¿en qué concepto se tiene a este hombre o mujer? ¿Son útiles, serviciales, y por tanto merecen el aprecio de la sociedad? ¿Hay sentimientos humanitarios y compasivos en ella? ¿La dignidad, el decoro y la modestia forman legado de sus tesoros personales? Si este juicio afirmativo corresponde, puede decirse que la sociedad del porvenir aspirará a ellos, y cada hombre y mujer harán el material de la dicha humana y lo que es más, la solidaridad de costumbres aseguradoras de la conservación de la especie.

El hombre y la mujer se unirán sin más formalidades que la de su voluntad conforme a su educación, y como ésta, si lo fuera como lo hemos dicho, hará la selección filosófica y física de los sujetos, llegaría a tenerse una progenie fuerte y útil en la vida común que piense y viva razonando en el convenido de su mejor existir.

Así el amor libre, que quiere decir **unión por simpatía moral**, y no genésica, para distinguirse de los caninos, creará sin duda una nueva táctica y disciplina moral en las sociedades, que haga al hombre más responsable en su conciencia que lo que es hoy, temiendo la anatema y el desprecio con que los degenerados morales se vean envueltos.

Seguramente el amor libre no será el furtivo porque en seres que piensan, saben que en la mayoría de los casos degenera y envenena, y que no satisface moralmente sino en lo que se

refiere a la fruición. Saben que las dificultades de capital no existen (hablo de una sociedad comunizada), ni los abolengos ni las razas y sólo sí el tesoro moral que cada cual ha podido proveerse, lo cual es patrimonio de todos los que tienen voluntad de quererlo contar; esto es: de los que fueren celosos de su dignidad de hombres.

Seguramente los merecedores a ser acompañados, serán los hombres **dignos de ser hombres, y estimados como tales**; y lo mismo diríamos de la mujer, pues los indignos, jamás serán apreciados por las personas que saben pensar. Porque ellos son atentadores de la naturaleza y de la vida "Los Peligrosos".

Tal es lo que yo pienso en síntesis, lo que será el temido (por la burguesía) amor libre.

A. Ucar. ...

Avellaneda. Diciembre 23.

BIBLIOGRAFIA

"**La huelga en los Talleres Vasena**", por Mario Boratto, ex delegado general de los talleres Vasena. — Buenos Aires, 1920. — Es un modesto relato de los hechos de la Semana Trágica, en el que se demuestra toda la bajeza capitalista y la complicidad de la burguesía y de los poderes públicos. Es un grito de indignación que Boratto lanza al público argentino. Son revelaciones aplastadoras para los asesinos del pueblo.

Damos al lector algunos fragmentos del folleto para que se dé cuenta cabal de su importancia, para la historia de las luchas proletarias de América, que algún día se escribirá para horror de las generaciones fututras:

. . . .

"Iban a luchar con el más déspota, con el más tirano de los burgueses "las hienas bastardas", calificativo de la gerencia de la casa, tendían las líneas en busca de sus legítimas reivindicaciones, iban a luchar contra todos los elementos de rompehuelgas y contra toda la prensa mastodóntica y mercenaria que no solamente hacía presión contra la clase tarbajadora, usando medios de violencia, sino que se ofrecieron y así lo hicieron más tarde, convirtiéndose en agencias para el reclutamiento de krumiros, aportando para ello no solamente su influencia moral sino que hasta sus mismos medios de transporte; es bueno así manifestarlo para que lo sepa no solamente la clase trabajadora en general, sino también todos aquellos que se tildan de liberales, lo que es nuestro periodismo y lo que significan los grandes diarios que, dicen, encaminan a la opinión pública."

. . . .

"La casa Vasena, convencida que, dada la unidad de acción y de solidaridad resistente entre los obreros, éstos lograrían im-

poner sus condiciones, recurrió a ejercer presión contra ellos, valiéndose para ello de elementos considerados como matones y de la misma policía que se puso al servicio de la gerencia, y así se explican los primeros abusos en Nueva Pompeya, como ser asaltos por agentes, a los domicilios de los huelguistas, apaleamientos y provocaciones, hechos todos comprobados.''

. . . .

''¡Pobre pueblo! ¡Pobre obrero! ¡Pedías pan y te masacraron cobardemente!... ¡Villanos!... ¡Asesinos!...

Una vecina cayó herida a 800 metros del lugar de los hechos; un joven (Fiorini) era muerto de un balazo en el corazón, hallándose en la cocina de su casa (distante unos 200 metros del lugar de los hechos) con su pobre madre...; un pobre barrendero fué muerto por las hordas bestiales mientras corría para guarecerse de las balas, abandonando su tarea; otro obrero también, ajeno a los huelguistas, fué perseguido y destrozado el cráneo a machetazos mientras volvía del hospital donde dejara a una criatura pequeña, dando la mano a otra, pequeña también, ¡pobre compañero! Cayó muerto mientras pedía perdón, enseñando a sus criaturas y gritando ''¡Perdón! ¡No soy huelguista! ¡Por mis hijitos, perdón!''... ¡Bastardos!... ¡Asesinos!''

. . . .

'En esas circunstancias llegó un grupo de huelguistas que sospecharon de algún plan tenebroso, envolvieron rápidamente a los matones, que declararon ''venían enviados por Vasena a matar al delegado, pero, agregaron, no lo íbamos a matar sino que después de esos 500 pesos que nos adelantó Vasena le íbamos a sacar los restantes...'' Esto se comprende fácil: era la última carta que podían jugar, estando como estaban en poder de los huelguistas, los que, después de desarmarlos y secuestrarles varias armas blancas y revólveres, los habían llevado a la secretaría de huelga. Declararon también los ''matones'' que ''Vasena les había ordenado que una vez efectuado el crimen, procurasen por todos los medios, volteando al que quisiera impedirlo, fuese vigilante o particular, llegar al interior de los talleres, y una vez llegados allí, él respondería por ellos.''

. . . .

''¿Qué hicieron los poderes públicos ante las listas negras, que tendían a ver sucumbir de hambre a los obreros aquellos, que tuvieron, aunque fuere participación pasiva en las luchas generales? Tanto el gobierno como las instituciones reaccionarias, fueron cómplices y colaboradores en la obra de aniquilar por el hambre a la mayor parte de la clase proletaria. ¿Hay algo más infame, más miserable e inicuo que matar por el hambre a sus semejantes?''